

Yucatán quedó con esto libre de los extranjeros, y en toda la península se celebraron fiestas, pensando los mayas que su suelo patrio no volvería á ser hollado por la planta de los invasores.

CAPITULO XIII.

Gran hambre en Yucatán.—Plaga de langostas.—Proyectos de romería y solemne sacrificio en Chichen-Itzá.—Felonía de Nachi Cocon.—Encarnizada guerra entre los de Maní y los de Zotuta.—Muerte de Ahpulá Napot Xiu.—El virey de Nueva-España D. Antonio de Mendoza envía cuatro frailes franciscanos á establecerse en Yucatán.—Llegada de los misioneros á Champotón.—Buen éxito de sus trabajos.—Fracasan por la codicia de unos soldados españoles que entraron por Tixchel.—Fray Antonio de Ciudad Rodrigo envía otros franciscanos á dar una misión en las costas del golfo de México, y llegan hasta Champotón y Campeche. 1

Los mayas creían haberse librado para siempre del yugo extranjero, y el año de 1535 lució para ellos alegre y feliz en sus primeros meses. No obstante, el regocijo fué de poca duración, porque las lluvias, que periódicamente refrescan los campos, y que son el único recurso de la agricultura, faltaron por completo, ó por lo menos fueron excesivamente escasas, y de aquí dimanó una gran sequía que hizo perder las cosechas de cereales, principal fuente de la alimentación del pueblo maya. Desde que pasaron los meses de Mayo y Junio y la benéfica lluvia tardaba en caer, hubo extremada

1 Herrera, *Década*, pág. 205.—Cogolludo, tomo I, pág. 167.—Fray Jerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*, páginas 379 y 665.—«Uno de los compañeros del dicho Fray Martín de Valencia, llamado Fray Antonio de Ciudad Rodrigo, siendo provincial en el año de 1537, envió cinco frailes á la costa del mar del Norte, y fueron predicando y enseñando por los pueblos de Coatzacoalcos y Piutel (aquí está poblado de españoles y el pueblo se llama Santa María de la Victoria; ya esto es en Tabasco), pasaron á Xicalan-

consternación en todo el país, pensándose, y con muy justa razón, que la consecuencia había de ser que las plantaciones de maíz no podrían hacerse, y aun las que se hiciesen no llegarían á sazón, ó darían exiguos frutos, enteramente insuficientes para el alimento de los habitantes todavía numerosos. Conforme iba adelantando el año, iba creciendo el terror de los mayas que veían continuar la sequía y venir tras ella todos los horrores del hambre. Perdidas las cosechas, les era imposible traer provisiones de otros países, atendida la situación de Yucatán, separado de los otros pueblos del continente americano por mares y desiertos inaccesibles. Las canoas que hacían el comercio marítimo no podrían abastecer de cereales suficientes para impedir la carestía.

En colmo de su tribulación, apareció por distintos lugares la espantosa plaga de langostas, la cual en pocos días se diseminó por todos los ámbitos del territorio. Estos animales dañinos, con su insaciable voracidad, acabaron instantaneamente con las pocas sementeras que se habían formado en los lugares que no estuvieron completamente privados de lluvias.

Se consumieron los depósitos de cereales que aun se conservaban, y se declaró en consecuencia por todo el país una hambre general que causó extraordinaria asolación. La gente hambrienta y de-

go, adonde en otro tiempo había muy gran trato de mercaderes é iban hasta allí mercaderes mexicanos, y aun ahora van algunos. Y pasando la costa adelante llegaron los frailes á Champotón y á Campech; á este Campech llaman los Españoles Yucatán» *Historia de los Indios de Nueva-España* por Fray Toribio de Buenavente, pág. 171.

sesperada salía á los campos en busca de raíces y cortezas de arboles con qué saciar su hambre: principalmente servía de grande auxilio, en tan terrible necesidad, un arbol llamado kumché, cuyo centro blando y cocido era comido á guisa de pan. Ni las raíces, ni las cortezas, ni los frutos silvestres, mediaban la miseria y falta de todo alimento sustancioso que afligía á la población; los hombres caían muertos de necesidad en las plazas, calles y caminos; un gran número salía á los bosques buscando que comer, y de allí no volvían porque caían exhaustos en el campo, y entregaban la vida de pura extenuación.

Los sacerdotes de los ídolos hicieron correr la voz de que los dioses estaban irritados, que nuevas calamidades estaban próximas á caer sobre los mayas, y que sólo los sacrificios cruentos y devotos podrían desagruarlos. El pueblo sencillo y crédulo se retiraba á los bosques más sombríos y honraba á Chac, dios de la lluvia, haciendo comidas, bebidas, sahumeros y embriagueces, pensando que de esta manera el cielo les sería propicio, y desataría sus cataratas para humedecer la tierra sedienta y reseca.

Los caciques ordenaban ofrendas, donativos, y sacrificios á los ídolos más venerados y de quienes esperaban mayores prodigios. Todos se esmeraban á porfía en agradar á los ídolos, convencidos de que tantas calamidades no podían tener otra causa sino la ira de sus dioses enojados de la poca fidelidad en tributarles honores y culto. A estos pensamientos se mezclaba la idea de que los dioses debían de estar irritados por la permanencia de los

extrajeros en el país, y de comun acuerdo no se pensaba sino en cambiar los sentimiento de los dioses á fuerza de súplicas y sacrificios.

Ahpulá Napot Xiu, que reinaba en Maní, quiso distinguirse en sus demostraciones de culto, y proyectó efectuar una romería á los cenotes sagrados de Chichen-Itzá, para ofrecer sacrificios cruentos de hombres y mujeres, que vivos debían ser arojados á aquellos cenotes en homenaje cruel. Dió órdenes para que en todos los pueblos de su cacicazgo, se escogiese cierto número de jóvenes de ambos sexos, los más bellos y mejor formados, y que se les preparase, según costumbre, para la inmólación que habían de sufrir, víctimas inocentes y desgraciadas de una superstición sanguinaria y repugnante. Se hicieron regios preparativos para el viaje que debían presidir los sacerdotes más respetados de Maní; los señores principales solicitaron el honor de tomar parte en la peregrinación; y todo se dispuso anticipadamente para que la romería se verificase con pompa y solemnidad nunca vistas. El cacique de Maní anhelaba que el esplendor de los sacrificios resonase en toda la tierra, y que se conservase el recuerdo de su munificencia en las generaciones sucesivas. Acaso, también, se creía culpable por las secretas simpatías y relaciones que había llevado con los extranjeros, y se proponía rescatar aquellas faltas no solamente antipatrióticas, sino en sentir de los sacerdotes mayas, impías é irreligiosas. Los creyentes mayas eran los enemigos más tenaces de la dominación española, pues ésta amenazaba con la destrucción todas sus creencias y ritos religiosos.

De Maní podía irse á Chichén-Itzá por dos caminos: ó bien atravesando el cacicazgo de los Cheles, pasando por Izamal, ó bien, tomando un camino más breve, cruzando por el cacicazgo de Zotuta y dirigiéndose rectamente á los cenotes sagrados. Este último era el camino preferible, por ser más corto y conducir más directamente á Chichén-Itzá; mas para los de Maní tenía un obstáculo casi insuperable: los Cocomes eran mortales enemigos de los Xiues, y no debía esperarse que permitiesen á estos el paso por sus estados. Entonces existía una tregua entre ambas dinastías y los pueblos que gobernaban, y como se trataba de tributar un homenaje á los dioses, y la tribulación del hambre abrumaba por igual á todos, el cacique de Maní juzgó que el altivo cacique de Zotuta no llevaría á mal que la procesión atravesase sus dominios para ir á cumplir con un deber religioso. Suponía que los rencores que los dividían estarían, si no extinguidos, al menos mitigados con las recíprocas penalidades. Envió, pues, una embajada á Nachi Cocom, al pueblo de Bolon donde residía. Llegados los embajadores á su destino, fueron recibidos benévolamente; manifestaron el voto que el cacique de Maní había hecho, y pidieron en su nombre que diese autorización para que la peregrinación pasase por los pueblos sujetos á su dominio, evitando así dar el gran rodeo que hubiese tenido que hacer, si hubiese de dirigirse por el cacicazgo de los Cheles. Nachi Cocom, aunque sentía rebosar su corazón de odio y venganza contra los Xiues, no solamente por sus antiguas reyertas, sino también por no haber hecho causa comun contra los extranjeros, disimuló esta

vez sus sentimientos, y, aparentando amistad y deferencia, concedió sin dificultad la autorización que le pedían para pasar por sus dominios. En su rostro agradable y sereno, en sus demostraciones zalameras, nada pudieron adivinar los embajadores de Ahpula, de la cruda felonía que el cacique de Bolón meditaba en su interior. Volvieron complacidos los embajadores de Maní, y, alabando la acogida que les habían dado, transmitieron las cordiales palabras de Nachi Cocom, y su generosidad en prestarse á conceder el paso por sus estados. Ahpulá Napot Xiu sintió nacer en su alma los sentimientos más sinceros de gratitud hacia su antiguo enemigo, y parecía que una era de paz y amistad iba á iniciarse entre los Xiues y los Cocomes, bajo los auspicios del ídolo venerado en Chichén. Bendecíase ya como el primer fruto del magnífico sacrificio esta reconciliación de las dos casas tan importantes y antiguas de la península.

Se hicieron los últimos preparativos para la marcha, y los sacerdotes, con una escogida comitiva, salieron de Maní para Chichén-Itzá, llevando á las víctimas destinadas al sacrificio horrendo. Aquellos gallardos y tiernos jóvenes, las lindas y pudorosas doncellas, iban adornados de flores, guirnaldas y festones, pintado el cuerpo de azul y con una corona en la cabeza: iban custodiados, agasajados y tratados obsequiosamente por todo el séquito de hombres y mujeres: bandas de músicos los acompañaban, y en todos los pueblos del tránsito eran recibidos con bailes, enramadas, arcos de verdura y regocijos.

Así, de jarana en jarana, entre holgorios y

música, llegó la peregrinación á Zotuta, donde encontró á los comisionados de Nachi Cocom, que dieron la bienvenida á los romeros en nombre de su jefe. Pusieron á su disposición unas hermosas casas de paja levantadas en uno de los solares más amplios de la plaza de Zotuta, y allí se alojaron los sacerdotes, las víctimas y toda la comitiva, y se entregaron confiados al descanso en la noche, con intención de seguir su camino en los primeros albores de la mañana. Se acostaron á descansar, muy reconocidos de los agasajos del cacique de Zotuta, cuya munificencia no se cansaban de alabar: los había obsequiado con espléndido banquete, y el alojamiento era lo más cómodo y decente que pudiera apetecerse. ¿Que mejor trato podían esperar de quien siempre se había ostentado como enemigo irreconciliable? Ahora había mostrado la nobleza de su espíritu poniendo término á la enemistad inveterada: días mejores de alianza iban á nacer entre los pueblos de Maní y Zotuta.

Arrullados con estos encantadores ensueños, los sacerdotes y señores de Maní se entregaron al reposo, en tanto que los jóvenes destinados al sacrificio sufrían su lenta agonía. A la media noche, el ardiente calor, el humo sofocante y la luz de las llamas que se levantaban en lenguas amarillentas, flameando al impulso del viento, despertó á los romeros de Maní. Sobresaltados, atónitos, llenos de espanto y de terror, se dan cuenta de que un incendio se había declarado en su alojamiento y amenazaba destruirlo todo instantáneamente: un momento más, y todos iban á ser reducidos á cenizas con el fuego irrefragable y avasallador. Despavoridos,

se arrojan á la puerta para salir al patio ó á la calle, pero las puertas estaban condenadas por fuera, la salida era imposible, y el fuego los rodea y cunde por todas partes. Míranse unos á otros con estupor, algunos desesperados pugnan por abrir una brecha en los muros para escaparse, las manos se les desgarraban en aquel supremo esfuerzo, el fuego les caía de arriba, y en vano forcejeaban por salvarse. Unos pocos acertaron á salir de la casa medio quemados; mas, en el momento de creerse en salvo, cayeron muertos por las saetas de los soldados de Cocom, que formaban hilera al rededor del alojamiento de los de Maní. Era evidente que habían caído en la trampa más villana que pudiera concebirse. Todos debían morir: los que no fueron achicharrados por el fuego perecieron asaeteados: nadie se escapó, ni los sacerdotes, ni los señores, ni las jóvenes víctimas, que titilando esperaban el desenlace de su destino horrible. Quizá fueron los menos malparados estos jóvenes donosos, estas doncellas de exquisita hermosura escogidas entre millares para ser arrojadas en el cenote de Chichén-Itzá; acaso alcanzaron muerte menos tormentosa en medio de las llamas que la que debía caberles en el fondo de aquella sima insondable.

Un grito de indignación resonó del centro á los confines del cacicazgo de Maní: cuando se supo la felonía del cacique de Zotuta, un clamor de venganza se dejó escuchar en todos los ámbitos de su territorio, todos los varones hábiles para la guerra se aprestaron para tomar un desquite contra sus mortales enemigos que tan despiadadamente habían burlado la fe prometida. Los nacones convo-

caron á todos los holcanes, reunieron las milicias y se juntaron en Maní. Ahpulá con todo su ejército invadió el cacicazgo de Nachi Cocom á fuego y sangre, asolando el país y matando sin piedad. Los Cocomes, no menos feroces, reunieron sus tropas y se defendieron con pertinacia; hubo varios encuentros con abundancia de muertos y heridos por ambas partes; la saña se encendió más violenta y excesiva, y los dos pueblos se hubieran quizá consumido peleando, si un acontecimiento imprevisto no hubiera puesto fin á tan encarnizada pelea. El cacique Ahpulá Napot Xiu, falleció en Septiembre de 1536, no sabemos si caído en el campo de batalla, ó de muerte natural en su regia morada. Lo indudable es que su muerte fué un suceso que resonó profundamente en toda la península, fijándose indeleblemente en la memoria de sus contemporáneos: casi todas las crónicas del primer siglo de la dominación española mencionan muy marcadamente su muerte.

Por este tiempo ya gobernaba la Nueva-España el virey D. Antonio de Mendoza, hombre ilustrado y lleno de las virtudes de buen gobierno. Era gran amigo del benemérito Fray Bartolomé de las Casas cuyas filantrópicas doctrinas él procuraba poner en práctica con notable prudencia y discreción. Entre los principios que sustentaba el ilustre dominico, y con él la mayor parte de los misioneros, se contaba el de que para conseguir la conversión de los indios no se necesitaba de ningún modo intimidarlos y sujetarlos previamente por la fuerza de las armas; bastaba, á su juicio, que se dejase á los misioneros entrar libremente por los pueblos idólatras no

conquistados á predicar el evangelio con espíritu apostólico. Sostenía que las empresas de conquista, en vez de facilitar la predicación evangélica, la estorbaban, pues los indios recibían con prevención las palabras de los misioneros, sospechándolas parciales, y en conchabanza los sacerdotes con los guerreros.

Estas ideas habían encontrado eco en la corte española, y el Rey había ordenado y circulado á todos los gobernadores de las colonias de América, que á cuantos religiosos quisiesen ir á descubrir tierras y convertir idólatras con su sola predicación los dejasen libremente hacerlo, dándoles toda la ayuda y favor necesarios.

Don Antonio de Mendoza, llevado de un impulso tan laudable como noble avanzó algo más de lo que el Rey deseaba: no se limitó á permitir á los religiosos que espontáneamente se introdujesen á predicar la doctrina cristiana entre los indios no sujetos al dominio español, sino que, tomando la iniciativa él mismo de tan saludable obra, envió á varios religiosos en comisión á predicar el evangelio sin la compañía de soldados, fiando más á la persuasión y á la instrucción, que no al temor.

Al poner en práctica este pensamiento, el virey supo que en Yucatán había fracasado la expedición de Montejo, y que ni un solo español permanecía en la península, obligados como estuvieron los invasores, ora por las hostilidades de los indígenas, ora por la dureza del clima, á abandonar el país. Parecióle adecuado ensayar el nuevo expediente de la predicación con los mayas, ya que el medio de

las armas había tenido tan funesto desenlace. Solicitó de los religiosos franciscanos de México algunos que se prestasen á ir á Yucatán á convertir á sus habitantes al cristianismo con solo el auxilio de la palabra divina enseñada por la predicación. Era custodio de los franciscanos de México el padre Fray Jacobo de Testera, y éste acogió con entusiasmo la idea del virey, y se manifestó listo á secundar sus deseos sin pérdida de tiempo.

Era el padre Testera natural de Francia, pues había nacido en Bayona, de una familia tan noble y distinguida que uno de sus hermanos llegó á ocupar el elevado cargo de camarero del rey Francisco I. El padre Fray Jacobo, aunque con dotes suficientes de talento y de corazón para brillar en los primeros puestos públicos de su país, prefirió hacerse religioso, y entró en la orden de San Francisco, que en el siglo XVI estaba floreciente, cumpliendo con todo rigor sus estatutos. Estando en España, y hechos ya los votos solemnes, supo cuan amplio campo había en América para trabajar en la evangelización de los indios, y se decidió á venir á México con Fray Antonio de Ciudad Rodrigo, el año de 1529. Antes de esto, había adquirido gran fama de predicador en España, y todos hablaban de él como de hombre sabio é instruído en las ciencias sagradas. Sabía perfectamente la filosofía y la teología, y sobresalía en ellas de tal modo que si hubiera permanecido en España hubiera alcanzado los más encumbrados puestos no solo de su orden sino de la iglesia española. El, sin embargo, no se había hecho religioso para buscar su comodidad y satisfacer su amor propio con el brillo de los em-

pleos; se había propuesto ejercer el bien y difundir la verdad, aun á trueque de sacrificarse con toda abnegación, si en el curso de sus tareas el sacrificio se le impusiese. Con estas condiciones, tan pronto como Don Antonio de Mendoza le habló de Yucatán y de la conveniencia de enviar misioneros que sacasen de la idolatría á tantos indios como allí había, ardió en deseos de poner manos inmediatamente á la obra.

Era entonces jefe de los franciscanos en Nueva-España; pero tal circunstancia no le retrajo, antes parece que sirvió para recalentar su zelo, juzgando que él como cabeza debía dar ejemplo de abnegación heroica. Resignó su cargo, tomó por compañeros al reverendo padre Fray Lorenzo de Bienvenida y otros dos religiosos, y se embarcó para Champotón, con beneplácito y autoridad del virey. Entre las instrucciones que recibió fué una la de que pudiese pactar con los mayas que no entrasen españoles en su tierra, con tal que admitiesen su predicación. Acompañaban también á los religiosos algunos indios mexicanos para que sirviesen de intermediarios.

El 18 de Marzo de 1535, llegó Fray Jacobo de Testera á Champotón, y, como hombre experto, no quiso desembarcar inmediatamente. Recientes todavía los choques de armas habidos entre los españoles y mayas, comprendió que hubiese sido imprudente ir á tierra de rota batida, exponiendo sin objeto su vida y la de sus compañeros. Prefirió tentar el terreno, explorando el ánimo de sus futuros neófitos, para lo cual los indios mexicanos podían servirle con primor. Envió en un bote varios

de ellos á Champotón á tener una conferencia con el cacique Couoh, con instrucciones de que le hiciesen saber que la venida de los religiosos era toda de paz, sin ánimo alguno de hostilidad, y sólo llevados del deseo de hacerles conocer el verdadero Dios y la religión santa del cristianismo. Como prueba de sus intenciones pacíficas y benéficas, habían de dar su número tan corto, no adecuado para emprender guerras, y, sobre todo, la humildad con que venían pidiendo permiso para entrar en la tierra, la cual, sin la aprobación del cacique, sin su buena voluntad y simpatía, estaban resueltos á no visitar.

Los mexicanos estaban encantados con el estilo del padre Testera y el de los otros religiosos, de cuya caridad tenían pruebas patentes en su conducta diaria en México, de modo que estaban en aptitud de pintar con atractivos colores el proceder de los religiosos con los indios. Esto y las instrucciones tan inteligentes que recibieron y desempeñaron á perfección, les granjearon buena y graciosa acogida de parte del cacique de Champotón. Los mayas, por más que detestasen el yugo extranjero, no repugnaban en su generalidad la comunicación y trato de los españoles, cuya lengua, costumbres, fisonomía y apostura, les caían en gracia. Tenían curiosidad de conocer sus ideas y pensamientos, y veían con marcada complacencia todos los objetos de comercio que traían. Por esto, al saber los habitantes de Champotón que unos hombres pacíficos y virtuosos querían venir á vivir con ellos á predicar doctrinas nuevas, á enseñarles costumbres sanas, se sorprendieron, y no se mostraron

hóviles. El cacique no accedió de liso en llano á que desembarcasen: reunió á los ancianos, á los sacerdotes y principales y conferenció con ellos sobre la conveniencia de aceptar á los misioneros. Tratado el asunto con madura reflexión, resolvieron al fin permitir á los religiosos que se estableciesen entre ellos y darles libertad para propagar sus doctrinas religiosas.

Volvieron los mexicanos muy contentos á bordo llevando la buena noticia del permiso que se concedía para el desembarque y establecimiento en Champotón. Fray Jacobo y sus compañeros se apresuraron á bajar á tierra é ir á visitar al cacique y principales vecinos que tan corteses y hospitalarios se mostraban. El padre Testera se atrajo las simpatías de todos: se mostraba humilde, con espíritu tan alegre y jovial, tan lleno de gracia, que no hubo quien no se hiciese su amigo. No menos agradó el porte de los otros religiosos, su pobreza evangélica, su dulcísima bondad: el amor y cariño con que hablaban y recibían por igual á grandes y á pequeños, á pobres y á ricos, les atrajo generales simpatías. Fueron alojados en una casa de paja espaciosa y bien ventilada: la dividieron en varios compartimientos, y uno de ellos destinaron á oratorio. No cabían de gozo los misioneros, viendo la benevolencia con que eran tratados, así como la inclinación que advertían en los indios á aprender las verdades cristianas, no obstante ser tan contrarias á sus tradiciones y creencias inveteradas. Con la experiencia adquirida, tomaban por blanco de sus tareas no tanto á los adultos avezados á la idolatría, como á los niños y á los jóvenes, en cuyos

tiernos corazones é inteligencias era más fácil hacer mella y grabar los nuevos principios.

Comenzaron por atraerse diestramente á la juventud de ambos sexos. Juntaban diariamente, en horas diversas, á los niños y á los jóvenes, y se valían para enseñarlos, de una ingeniosa combinación, especie de enseñanza objetiva que les dió muy felices resultados. Tropezaban con el obstáculo de su completa ignorancia de la lengua maya, y aunque se pusieron á aprenderla, esperar que la dominasen para empezar su predicación, era contrario á su carácter ardiente. No se arredraron ante la dificultad: averiguaron si había algún indio ladino con algunas nociones ligeras del castellano, el cual no habría de faltar, atendidas las repetidas visitas de españoles á Champotón. Hallaron al individuo que necesitaban: con las ligeras nociones que tenía del castellano, y otras que le suministraron, se puso en condición de cooperador eficacísimo.

De México habían traído unos grandes lienzos en que estaban pintados los diferentes misterios y doctrinas del cristianismo. Estos lienzos se exhibían en lugares elevados desde donde pudiesen ser vistos por los circunstantes, y los religiosos al pié del cuadro iban explicando menudamente y en términos claros y sencillos los misterios y verdades que representaban; el indio ladino trasmitía las explicaciones á los niños y niñas, y estos escuchaban embelesados las lecciones. La novedad del método alcanzó éxito completo.

Los cuadros exhibidos á los niños y jóvenes seducían portentosamente su imaginación, haciéndoles sentir vivamente la enseñanza que se les daba

á cortos intervalos y cuidando no fastidiarlos. Contemplaban, escuchaban con profunda atención, y luego, al volver al hogar doméstico, conmovían á sus padres con sus entusiastas relaciones. Las narraciones de los hijos atrajeron á los padres, y pronto se multiplicó el auditorio: ya no eran sólo los niños y los jóvenes quienes acudían á oír las instrucciones; concurrían también hombres y mujeres de todas edades y condiciones, y se extasiaban contemplando aquellas pinturas de vivos colores, de posturas tan comovedoras y tiernas, y oyendo descifrar su significación. Aquellas ideas tan nuevas, jamás oídas; aquellos sentimientos tan puros nunca vislumbrados; en vez del temor servil y aterrador á los dioses, el amor magnánimo del Dios verdadero que baja del cielo, y se sacrifica y muere por la humanidad; en vez de sangrientos y horripilantes sacrificios, el amor sin límites á todos los hombres, la pureza sustituida á la liviandad, el trabajo al ocio, la fidelidad al deber en el hogar doméstico, la mujer levantada y enaltecida, el hombre cambiado de tirano en protector de su esposa, el padre amando al hijo, y el hijo obedeciendo al padre no por miedo ó interés sino por amor, una sociedad sana y virtuosa, un respeto mutuo en los tratos, el orden, la paz, la dicha, he allí las ideas y sentimientos que hacían desfilar los misioneros en presencia de sus neófitos sorprendidos y admirados.

Luego, comparando las doctrinas con la vida de los predicadores, encontraban perfecta concordancia: veían á los que predicaban la caridad tratar á todos con amor y hacerse todo para todos, serviciales, afectuosos y obsequiosos; imponerse

sacrificios para servir á los demás, visitar y cuidar á los enfermos, aconsejar á los vacilantes, sostener á los débiles. Predicaban la penitencia y la pobreza, y vivían pobres, comiendo lo que les daban, viviendo en albergue que les prestaban y sufriendo con inalterable resignación los rigores inauditos del clima, las penalidades y las enfermedades.

Sentíanse los indios atraídos hacia aquella nueva creencia que tenía eficacia para transformar á la humanidad, y que tantas felicidades prometía. Ya no tenían que temer á aquellos antiguos sacerdotes, que pedían como una necesidad el sacrificio de los tiernos hijos; ya no tendrían que sujetarse á aquellas operaciones dolorosas, tan inicuas, como inmundas: los nuevos sacerdotes abominaban los sacrificios, y solo pedían el corazón sano y el espíritu recto.

Era, pues, grande el número de los neófitos, la gente se aglomeraba á oír á los misioneros, y éstos con destreza iban apartándola de los ídolos y de su adoración: derramaban en abundancia los consejos, é insinuaban la práctica de las virtudes domésticas. Insensiblemente destilaron la convicción en los corazones, y ganaron tal influencia en los espíritus que muchos caciques espontáneamente recogieron los ídolos y los llevaron á los misioneros. Grande y solemne fué este día: los ídolos de madera fueron entregados á las llamas, los de barro despedazados, y los de piedra hechos añicos por el martillo. Mayor crédito y prestigio cobraron los religiosos en el ánimo de los indios viéndolos incólumes á pesar de haber aniquilado á las imágenes de las supuestas divinidades. Estas ya no tuvieron arraigo en su

espíritu, y, elevándose á pensamientos más elevados, se dieron cuenta de que la idolatría era un tejido de falsedades, y de que la nueva doctrina era la única verdadera. Los caciques y principales dieron el ejemplo de poner á sus hijos bajo de la dirección de los religiosos, y éstos, llenos de satisfacción, establecieron una escuela que daban diariamente y que era muy concurrida.

Cada día que pasaba afirmaba los progresos de la instrucción religiosa y el ascendiente moral que los misioneros habían adquirido. Los indios les fabricaron casas mejores para su habitación y un templo para la celebración de las santas solemnidades y divinos misterios. Tan excelentes é inesperados frutos reavivaron el celo y ardor del padre Testera y sus compañeros, y como, á la par que trabajaban en la diseminación de los principios evangélicos, no podían desvestirse completamente de sus sentimientos patrióticos, no dejaron, á lo que parece, de insinuar en sus conversaciones las ventajas de formar parte de una monarquía tan importante como la española. Sin duda cediendo á estas insinuaciones, algunos caciques congregaron á sus vasallos, y de mutuo acuerdo rindieron pleito homenaje al señorío de los reyes de Castilla, reconociéndolos como sus soberanos; y de hecho tan memorable se levantó acta que los caciques signaron con unas señales como firmas. No cabían en sí de júbilo los misioneros, y ya se imaginaban conseguida sin la más leve violencia la conversión de todo Yucatán al cristianismo y su sujeción á la corona de España, cuando un episodio lastimoso vino á echar por tierra todas sus ilusiones.

Huyendo de la persecución que les hacía el virrey D. Antonio de Mendoza, diez y ocho españoles de á caballo y doce de á pié, todos rebeldes y facinerosos, se dirigieron por la boca de Aguayulco, penetraron en Tabasco por la Chontalpa, y vinieron á recalar á Tixchel, cerca de la laguna de Términos y del cacicazgo de Champotón. Estos hombres sin Dios ni ley nada ansiaban sino su propio interés, y se propusieron reunir un capital, sin pararse en los medios. En los lugares limítrofes de Tabasco, Chiapas y Guatemala se necesitaban trabajadores, y aprovechando esta necesidad, se propusieron proveerse de indios de Yucatán para venderlos luego como esclavos. Pensando que los indios nada respetaban en más alto grado que sus ídolos, habían recogido en sus correrías un gran número de ellos de diferentes tamaños, formas y materias, y se proponían hacer un comercio lucrativo. Muchas cargas de ídolos traían consigo: llamaron al cacique de Tixchel, y le exigieron con amenazas que tomase de aquellos ídolos y los distribuyese entre sus vasallos en cambio de indios ó indias, pidiendo por cada ídolo un individuo de uno ú otro sexo. El cacique de Tixchel rehusó al principio prestarse á cometer semejante opresión irracional en sus súbditos; pero, amenazándole aquellos bellacos con graves daños en su persona y con hacerle guerra de exterminio, acabó por ceder: debía de ser este cacique pusilámine y zopenco, cuando se dejó intimidar por treinta hombres que hubiera podido destrozarse en un instante, con sólo apellidar á su gente y echarse sobre ellos: se resignó cobardemente á la inicua consigna, y se puso á repartir ídolos á

sus súbditos, mandándoles que los tomasen para adorar, y que en cambio le diesen indias ó indios para dar á los españoles. Los vasallos, tan tímidos como su jefe, tomaron humildemente los ídolos, y quien daba en cambio su hijo, quien su hermano, y había aun quien de tres hijos que tenía diese dos. No podía haber decaído á mayor bajeza el espíritu de aquellos desgraciados habitantes de Tixchel: el miedo y la cobardía los había envilecido. Los criminales invasores satisficieron su codicia con la adquisición de un gran número de esclavos, que consideraban como preciosa mercancía para formar cuantiosa fortuna. Estaban tan ciegos y avasallados por la avaricia que uno de ellos se enfermó gravemente, y ya en trance de muerte, conversando con una criada suya, le revelaba la existencia de dos cargas de ídolos que bajo su cama tenía guardados, y le recomendaba los cuidase y no los fuese á malbaratar cambiándolos con gallinas, cuando á su juicio eran tan valiosos que cada uno de ellos tenía el precio de un esclavo.

La nueva de este comercio forzado se extendió por los lugares circunvecinos, y llegó al cacicazgo de Champotón en tiempo que allí el padre Testera y sus compañeros gozaban de gran consideración é influencia, que les habían adquirido sus predicaciones y la contemplación de su vida pura, virtuosa y caritativa. A pesar del cariño y adhesión que ya se les tenía, la más violenta indignación se apoderó de los indios, al saber que una partida de guerreros españoles, desenfrenados y libertinos, había invadido el cacicazgo de Tixchel, y se ocupaba en hacer trueque de ídolos por indios. El hecho de que Tix-

chel confinaba con Champotón hacía el hecho amenazador, y los indios de Champotón empezaron á temer que las depredaciones de aquellos guerreros alevos se extendiesen á su territorio. Empezaron á sospechar de la sinceridad de los religiosos, pensando que, siendo de una misma raza, alguna oculta liga pudiera haber entre los misioneros y aquellos pillastres. ¡Como! los religiosos habían prometido que soldados españoles jamás pisarían la tierra de Yucatán, y aun no habían pasado muchos meses, y venían guerreros á asolar la tierra, reduciendo á la esclavitud á sus moradores! ¿Que fe podía darse á sus predicaciones, si ahora sus paisanos traían á millares los ídolos, los imponían por fuerza, y obligaban á adorarlos? Había una apariencia perjudicial á los religiosos, y ésta hacía creer que ellos estaban coludidos con aquellos advenedizos guerreros, con objeto de favorecer su ambición de enriquecerse: parecía que los religiosos habían venido anticipadamente á preparar el terreno para la ganancia, y que, si habían hecho quemar los ídolos, era con el fin de que escaseasen, y los guerreros, cuando llegasen, pudiesen acomodar mejor su mercancía. En tropel acudieron los indios á los religiosos, urgiéndolos, quejándose, y reclamándoles contra los procedimientos de sus paisanos: los más atrevidos llegaban hasta decirles con franqueza y desenfado ¿porqué nos habéis mentido, engañándonos, que no habían de entrar en nuestra tierra los guerreros españoles? ¿porqué nos habéis quemado nuestros dioses, y luego ellos nos traen á vender otros de otras provincias? ¿por ventura no eran mejores nuestros dioses? Difícil era contestar estas

preguntas cuando las apariencias perjudicaban á los misioneros, y más tratándose de gente sencilla que más se guía por los hechos que por el raciocinio. En vano los religiosos se esforzaron en manifestarles que aquellos hombres eran unos facinerosos que obraban por su cuenta y riesgo, que en sus malas artes no tenían participio alguno. Deseosos de patentizar que lejos de compartir las malas obras de sus paisanos las condenaban severamente, se fueron al encuentro de ellos, con ánimo de separarlos del mal camino que llevaban.

Encontrando á los desalmados guerreros, tuvieron con ellos largas conferencias, les pintaron con vivos colores el daño que hacían á la religión y al dominio español, el grave riesgo en que ponían la vida de los misioneros, y cómo, á trueque de un miserable puñado de oro, iban á destruir todos los frutos de un trabajo tan arduo y provechoso como el que se había verificado á costa de tantos sacrificios y prudencia. La codicia, empero, cerró los oídos de los empedernidos soldados, como con tapias de marmol, y por más razones que les dieron los religiosos, súplicas que les hicieron, elocuentes exhortaciones, persistieron tenaces y obcecados en su propósito de continuar su malaventurada y viciosa negociación, y cayendo de abismo en abismo acrecentaron aun más su crimen: despechados contra los religiosos, coléricos y arrebatados, no conocieron límites en su maldad, é hicieron correr la voz de que los religiosos mismos los habían hecho venir á Yucatán, y que iban al partir utilidades con ellos. Las gentes sencillas, de ordinario crédulas, dieron asenso á tan maliciosa patraña, y la situa-

ción de los religiosos empeoró: estuvieron á punto de ser sacrificados. Ya los indios no solamente no quisieron más escucharlos, no solamente se retrajeron de su compañía, sino que, considerándoles como hombres mentirosos, falsos y traidores, concertaron librarse de ellos asesinandolos.

Afortunadamente la inocencia y la caridad siempre se conquistan amigos adictos, capaces de sacrificarse, y los misioneros, con su conducta de abnegación, se habían atraído sinceros admiradores: estos hicieron llegar á sus oídos la trama que se urdía, y se ofrecieron á cooperar á salvarlos. Aprovechando el silencio y oscuridad de la noche, sacaron á los religiosos por caminos escusados, y, haciéndolos caminar muy de prisa, los primeros rayos de la aurora los saludaron á larga distancia de Champotón. Al amanecer, el templo cerrado y las casas de los religiosos escuetas hicieron comprender á los moradores de Champotón que los religiosos habían desaparecido, é inmediatamente todo el pueblo se puso en movimiento, deseoso de averiguar el lugar á donde habían dirigido sus pasos.

Sin duda los beneficios que habían derramado los misioneros durante su corta permanencia se representaron vivamente en la imaginación del pueblo, ó bien, como sucede frecuentemente, la consideración del bien perdido hizo comprender su excelencia; una reacción se produjo en favor de los religiosos, desde el momento en que se les vió fuera de Champotón; é investigando por dónde habrían ido y la manera de hacerlos retroceder, al fin el cacique y los principales resolvieron enviar mensajeros en pos de los religiosos, para que en nombre

del pueblo les diesen una satisfacción y los invitasen á volver y á continuar sus tareas.

Cincuenta leguas habían andado los religiosos cuando los mensajeros hubieron de alcanzarlos, y les comunicaron con frases muy sentidas el arrepentimiento que había en Champotón por haberlos molestado, y las vivas instancias que tenían orden de hacerles para que volviesen, dándoles plena seguridad de que serían respetados y tratados con los miramientos de antes. Indecisos estarían los misioneros entre volver ó no, y no dejaría de asomar á su mente la sospecha de si aquella era una red que les tendían para matarlos á mansalva. Eran, sin embargo, almas esforzadas, acostumbradas al desprecio de la vida por el deseo de propagar el evangelio, y al fin se decidieron á volver á Champotón. Su regreso y llegada á este pueblo fué ocasión de tiernas demostraciones de afecto: los Couohes los agasajaron, los colmaron de consideraciones, y les dieron plena libertad y seguridad para ejercer su ministerio. Continuaron sus trabajos como antes, abrieron de nuevo su escuela de niños, y dividiendo su tiempo entre ella, la predicación, la visita de los enfermos y la asistencia de los desvalidos, pasaron cuatro ó cinco meses más en Champotón.

En este tiempo, consolidaron su influencia sobre los indios, sirviéndolos de mil maneras. No descuidaron trabajar para que los criminales comerciantes de esclavos, cortos en número, pero audaces en la iniquidad, desalojasen el país: escribieron al virey de México, comunicándole el daño que hacían con su desatentada conducta, y la urgencia que había de obligarlos por la fuerza á separarse de

Tixchel, pues de lo contrario se malograban todos los trabajos emprendidos con éxito tan favorable para civilizar á Yucatán. Si las exhortaciones y súplicas de los religiosos no fueron parte á suavizar la dureza de aquellos hombres crueles é inhumanos, no fué menos impotente el poder del virey, cuyos mandatos desacataron, haciendo ludibrio de sus apercibimientos y comunicaciones. En balde los hizo pregonar por traidores y los declaró fuera de la ley: seguros de que el virey no tenía fuerzas suficientes que los fuesen á perseguir á su guarida, se rieron de todo, y perseveraron sin descanso en su infame negocio.

Por más adhesión que los indios mostrasen á los religiosos, estos no podían desconocer que, si el comercio de esclavos continuaba, llegaría un momento en que rebosaría la irritación de los indios, y tal vez acabarían por reaccionar contra ellos mismos, en atención á la comunidad de raza y de origen que los unía con los esclavistas. No podían predicar con quietud, ni arraigar sus doctrinas, ni entregarse con tranquilidad á sus tareas; de tiempo en tiempo hondas quejas se escuchaban contra nuevos abusos de los españoles ladrones que tiranizaban á Tixchel: este espectáculo no era adecuado para conciliarse con los preceptos y doctrinas que los misioneros enseñaban, y parecía que las palabras de éstos eran sin cesar desmentidas por los hechos de aquellos: sus correrías se extendían ya hasta la provincia de Champotón, y una conflagración general estaba á punto de estallar.

En estas condiciones, el padre Testera creyó más conveniente regresar á México con sus compañeros

y dejar para tiempos mejores el continuar la misión que tan felizmente había comenzado.

La relación que hizo el padre Testera de la situación de Champotón, del espíritu excelente que animaba á sus habitantes, de su inclinación al cristianismo, y de los numerosos neófitos que había dejado y que necesitaban cultivo especial para perseverar en la religión cristiana, produjo impresión favorable en los franciscanos de México. En 1537, el padre fray Antonio de Ciudad Rodrigo envió cinco frailes en peregrinación evangélica por la costa del golfo de sotavento. Los cinco varones apostólicos recorrieron, predicando y enseñando, la costa de Goatzacoalcos y Tabasco; permanecieron algún tiempo en Santa María de la Victoria y en Xicalango; y luego pasaron á Champotón y Campeche. Con los agradables recuerdos que había dejado el padre Testera y sus compañeros, la vista sola del hábito franciscano les granjeó la buena amistad de los mayas; en ambas ciudades tuvieron buena acogida; y un gran número de personas se complacía en escucharlos, en conversar con ellos y en aprender la doctrina cristiana. Por su parte los misioneros se impresionaron agradablemente, considerando las buenas disposiciones y virtudes naturales de que estaban dotados aquellos indios, y entre sus buenos hábitos notaban y alababan con especialidad su sinceridad, su veracidad y el respeto que mostraban á lo ageno: quedábase una cosa por perdida en las calles y plazas muchos días, y nadie la tocaba hasta que el dueño volvía por ella.

Estos religiosos no se establecieron en Yucatán

porque no habían traído instrucciones de fundar residencia. Habían salido en romería á dar misiones, y cumplida su comisión se volvieron á México.